

Universidad Politécnica Salesiana

Juan Carlos Aguilar

Andrea De-Santis / Julio M. Romero
(Coordinadores)

Delirios Juveniles

Expresiones creativas de futuros escritores

Miriam Ordóñez

Mateo Brito

Prólogo:
Pedro Colangelo Kraan
Carmen Alvarez Torres

Julio M. Romero

José Luis Arias

Abigail Peralta

Cosíe A. Saula

Galo Altamirano

Ignacio Balcazar

Daniela Rubio

Solansh Batista

Delirios juveniles

Expresiones creativas
de futuros escritores

Andrea De Santis-Piras, Julio M. Romero
(Coordinadores)

Delirios juveniles

Expresiones creativas
de futuros escritores



ABYA | UNIVERSIDAD
YALA | POLITÉCNICA
SALESIANA

2020

Delirios juveniles

Expresiones creativas de futuros escritores

© *Andrea De Santis-Piras, Julio M. Romero (coordinadores)*

Autores: *Pedro Colangelo Kraan, Carmen Álvarez Torres, Galo Altamirano, Daniela Rubio, Ignacio Balcazar, Solansh Batista, Juan Carlos Aguilar, Miriam Ordóñez, Abigail Peralta, Mateo Brito, José Luis Arias, Julio M. Romero, Cosié A. Saula*

Ira edición: © Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
Casilla: 2074
P.B.X. (+593 7) 2050000
Fax: (+593 7) 4 088958
e-mail: rpublicas@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

CARRERA DE COMUNICACIÓN

Diagramación: Editorial Universitaria Abya-Yala
Quito-Ecuador
ISBN UPS: 978-9978-10-477-4
Impresión: Editorial Universitaria Abya-Yala
Quito-Ecuador
Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, noviembre 2020

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana

Índice

Prefacio	7
Andrea De-Santis-Piras, Julio M. Romero	
Prólogo a una colección de cuentos cortos	9
Pedro Colangelo Kraan, Carmen Álvarez Torres	
1. Escocés añejo	15
Galo Altamirano	
2. Esta vez no fui yo	21
Daniela Rubio	
3. Dormido	27
Ignacio Balcazar	
4. Tres deseos en Halloween	36
Solansh Batista	
5. Del sol a la lluvia	45
Juan Carlos Aguilar	
6. La carpeta azul	53
Miriam Ordóñez	
7. Momento de lucidez	67
Abigail Peralta	
8. Después.....	73
Mateo Brito	
9. En la cabeza de un tipo.....	77
José Luis Arias	

10. El pecado de la lujuria	83
Julio M. Romero	
11. Ángel ha muerto	101
Cosíe A. Saula	

Prefacio

Los “delirios juveniles” de esta obra nacen de la iniciativa de estudiantes y profesores de la Carrera de Comunicación de la Universidad Politécnica Salesiana (UPS) del Ecuador sede Cuenca, realidad académica que se preocupa por ofrecer espacios de reflexión y expresión artística a los jóvenes que proyectan un futuro literario. El compendio de relatos que proponen es el resultado de la determinación de plasmar su esfuerzo, dedicación y amor para la escritura creativa en las siguientes páginas.

Las narraciones son el fruto del trabajo realizado por los estudiantes en las asignaturas de Redacción Creativa y Lenguaje y Comunicación, de los profesores Pedro Colangelo y Carmen Álvarez, catedráticos amantes de la literatura y las letras, quienes con paciencia y dedicación encaminan sus alumnos hacia la creación de obras literarias, permitiendo el descubrimiento de capacidades y el desarrollo de habilidades y competencias fundamentales para el profesional de la comunicación, más aún si se forma en la UPS.

La realidad descrita en los relatos se caracteriza por aquella aura utópica y atrayente que marca el recorrido formativo de sus creadores quienes, en su gran mayoría, han forjado habilidades e instrumentos literarios en la

Utopía de la UPS, donde una realidad periodística y comunicativa se luce, a sus veinticuatro años de educar a los mejores comunicadores del Ecuador.

Esta es una recolección de expresiones, de los delirios manifiestos de futuros escritores, que transforman pensamientos en palabras, plasmando su creatividad en hojas de papel impreso y digital. El objetivo es sencillo: contar, relatar ideas, experiencias y emociones con el fin de brindar visiones, perspectivas, oportunidades de evasión y, por supuesto, entretenimiento, a un público, causa y efecto de la labor comunicacional, que ha llevado a nuestros escritores a estar cada vez más cerca de sus sueños.

¡No se trata de locuras! Son expresiones de jóvenes constructores de relatos, que dan sus primeros pasos en un mundo sorprendente, el cual tendrán el placer y la enorme responsabilidad de contar, ahora sí, conscientes del papel que cada uno juega en su propio delirio literario, en el cual se sumergirán ahora mismo.

¡Buena lectura!

Andrea De-Santis-Piras y Julio M. Romero

Prólogo a una colección de cuentos cortos

Contar, relatar, referir es una de las proezas humanas más notables. El acto de narrar equivale al acto de creación de unos mundos que, en principio, solo están en la mente de su artífice. Sartre anotó, ya hace mucho tiempo, que escribir una novela consistía en mentir; Borges apuntó que narrar un hecho es “ficcionalizarlo”. En la ficción ocurren, simultáneamente, la vigila y el sueño, la vida y la imaginación, lo real y lo fantástico.

En el cuento coinciden el acto de contar y el de crear. Además, ya desde un aspecto formal, el cuento es un género literario. En general, se trata de un relato *corto* que, sobre todo, no tiene la densidad temática de otras historias, más largas y complejas, que suelen superponer diferentes planos narrativos y multiplican escenarios y personajes. Decimos, no obstante, que el cuento es un relato *corto*, que no significa lo mismo que *simple*.

“Los cuentos siempre han sido importantes para mí” escribió J. G. Ballard en la *Introducción* a sus cuentos completos, “me gusta su cualidad instantánea, su capacidad para centrarse con intensidad en un único tema”. El cuento encierra dentro de sí un universo. Lo curioso y lo

magnífico es que ese universo nunca es cerrado, más bien se expande con cada lector y cada lectura. Cuando leemos una obra literaria nunca volvemos a ser los mismos: el relato nos *marca* porque en los ecos de lo narrado está el genuino sentido de nuestra humanidad.

El arte del cuentista empieza por sí mismo: siente voces que dan vueltas a su alrededor, entrevé rostros y siluetas ocultos en las sombras, adivina actos que pugnan por asomarse a la luz. Y de pronto aparece un nombre; quizás rostros y voces y paisajes; tal vez una aventura. El cuentista siente, entonces, una rara exaltación: ha descubierto un tesoro, y sabe que debe ordenarlo, datarlo, valorarlo... en fin, contarlo. Sabe que ha pasado el momento más placentero, el de la inspiración, pero le queda el más arduo, el del trabajo. Debe definir el punto de vista, su relación con el relato, las personalidades de los protagonistas: tiene que encontrar los puntos de tensión, ordenar los acontecimientos y prever el final.

Este volumen agrupa una serie de relatos breves. Solo un puñado de ellos ha sido publicado, durante el periodo 2018-2019, en la revista *Utopía*. Sus autoras y autores son —o han sido— estudiantes de la Carrera de Comunicación Social. En estas ficciones conviven lo maravilloso y lo terriblemente real; la placidez convive con la pesadilla y el infortunio. Quienes hoy nos regalan sus relatos son jóvenes, pero no ingenuos: les ha tocado en suerte una época aciaga y decidieron enfrentarla con imaginación. Ojalá que

el tiempo, que es rencoroso y despiadado, les conceda, aunque sea un poco, de posteridad...

“Ojalá seas tú” —¡otra vez Borges!— “el lector que este libro estaba esperando...”.

Pedro Colangelo Kraan y Carmen Álvarez Torres,
mayo de 2020





Escocés añejo

Galo Altamirano

Desde hace diez años he visto como entra y sale aquel anciano de la cantina Dos Piedras. Tendrá unos setentaicinco años, camina tan lento que cada paso parece ir al ritmo de un reloj que siempre se retrasa. Usa un traje ya gastado por los años, de un gris que lentamente se va convirtiendo en blanco, un sombrero que ha perdido su color que cubre una amplia calva y usa unos zapatos de charol lustrosos que parecen que se han quedado sin suela.

Entra en la cantina. Todos los clientes ya lo reconocen. Se sienta junto a la barra y pide un vaso con whisky. Saca una vieja libreta de su bolsillo, me parece que es una agenda forrada de cuerina roja, que lee siempre, mientras toma un sorbo de su trago. A causa de esa costumbre todos los clientes del bar lo llaman el Viejo Escocés, aunque su verdadero nombre, creo, es Julio, pero no lo sé con certeza. De hecho, lo único seguro es que cada tarde irá al Dos Piedras a beber whisky.

A veces entró en la cantina solamente para observarlo con mayor detenimiento, pido una cerveza y me siento

en la barra para ver si puedo entablar una conversación con el Escocés. Lo saludo y él me devuelve una extraña mueca, similar a una sonrisa, luego se da vuelta y regresa a su agenda, encerrándose en su propio universo.

En cierta ocasión, llevado por mi curiosidad, traté de mirar lo que estaba escrito en la agenda, pero el anciano, muy receloso, como si le fuese a robar algo, presionó lentamente el libro contra su pecho y giró el rostro hacia mí sin decirme nada. Entonces me alejé, avergonzado por mi imprudencia. El Escocés volvió a su agenda, tomó su trago y los dos nos quedamos en silencio, al igual que los otros clientes del bar.

Ya con el pasar del tiempo, se me había hecho un hábito acompañar al Escocés en la cantina. Compré un libro para leer en la barra, a su lado. Así que cada tarde, al salir del trabajo, iba al Dos Piedras y encontraba al Escocés en la puerta. Nos sentábamos en la barra, yo pedía una cerveza y él su whisky. El viejo sacaba su gastada agenda y yo el libro que había comprado, y juntos leíamos hasta que él se acababa el trago.

Así los días se volvieron meses y los meses años. Me casé, tuve mi familia, pero nunca dejé de ir al bar a leer. Se fue creando una extraña complicidad silenciosa entre el Escocés y yo, compartiendo la barra. Pasábamos dos o tres horas ahí, encerrados en universos diferentes, y una vez que terminábamos nuestros tragos cada uno regresaba de nuevo a su mundo.

Como se han de imaginar, con el paso del tiempo, al escocés se lo veía cada vez más cansado. El traje borró completamente su color y los zapatos habían perdiendo todo su brillo. Dejó de usar su sombrero, de tan desgastado que estaba, y la agenda se iba quedando sin hojas.

Un día salí temprano del trabajo. Para sorprenderlo, me adelanté a la cantina. Pedí mi cerveza y su whisky. Estuve allí por dos horas, hasta que al fin lo vi entrar por la puerta. Su andar era más lento que de costumbre, se acercó a la barra, pero no pudo sentarse en el taburete, tuve que ayudarlo. Le acerqué su whisky. Por primera vez me contestó con una sonrisa, que sin embargo se veía triste. Sacó de su bolsillo su agenda y un viejo libro. Estiró su mano temblorosa hacia mí, parecía que apenas y podía sostenerlo, y me dijo: “Tómalo, es para ti...”. Y continuó viendo su libreta roja y yo leyendo mi viejo libro. Lo único que en ese instante me sorprendió mucho fue que en la primera página estuviesen escritas un par de líneas dedicadas para Clara...

Al día siguiente, al llegar al Dos Piedras, me senté en la barra, como siempre. El cantinero puso un vaso con mi cerveza sin que se lo hubiera pedido. Me miró un instante, en sus ojos se notaba la tristeza. Recuerdo bien que estaba secando la barra cuando me dijo:

—Señor, supe que el viejito que venía aquí siempre y se sentaba a su lado falleció ayer de un ataque cardíaco.

En ese instante solo me quedé callado, tomé el vaso de cerveza, me levanté de la barra, alcé el vaso como un

brindis en honor al Escocés y todos los clientes del Dos Piedras hicieron lo mismo, como un adiós. Desde entonces todo cambió en la cantina, de cierta forma cada uno de nosotros teníamos la misma relación de complicidad que tuve yo con el anciano.

Hoy ya estoy jubilado. Mis hijos ya se han ido por el mundo y mi esposa falleció hace tres años, pero todavía sigo yendo al Dos Piedras a leer y beber. El asiento donde el Escocés solía sentarse está vacío. Lo he extrañado todo este tiempo y por alguna extraña razón se me ha dado beber whisky añejo, aunque es más caro que la cerveza, pero a mi edad es un gusto que vale la pena.

Un día llegó un muchacho. No dejaba de mirarme. Después de unos minutos se acercó a mí y se sentó en el mismo lugar que ocupaba el escocés. Pidió una cerveza y le sonreí con cortesía, para saludarlo. No dijo ni una sola palabra en ese instante, recibió su vaso y dio vuelta su rostro, ignorándome, mientras sacaba de su bolsillo una agenda de cuero rojo...



Esta vez no fui yo

Daniela Rubio

Y al siguiente día tampoco regresó. Han pasado dos años y la sigo añorando como el primer día de su desaparición. La espero aquí, junto a la puerta del desván, como todos los días. Sus amigos me dijeron que no la espere, que ella jamás regresará. Lo que ellos no saben es que todas las noches me visita en sueños.

Es una pena que nunca esté conmigo, por lo menos no de la manera que yo lo quisiera. Pero cuando se lo reprocho ella nunca me contesta. Pareciera como si de verdad ya no me amara. Una noche de invierno, en casa, mientras dormía, sentí un frío estremecedor, de esos que te hacen despertar de golpe, pero esta vez no era insomnio, sino la sensación de vacío, porque desde esa noche ya no la soñé más.

Tiempo después logré superar su recuerdo y además conseguí un trabajo, retomé las clases de piano y recuperé a mis viejos amigos. Parecía como si nunca la hubiera conocido, como si nunca se hubiera ido. Pero el tiempo es sabio y prudente, conocí a una maravillosa mujer que cambió mi

dolor por esperanza. Estoy seguro de que con ella todo será diferente, que ella jamás me abandonará. Su nombre es Laura y siento que es mi verdadero amor. Definitivamente estoy a punto de proponerle que venga a vivir conmigo.

Y así fue. Llegué hasta su casa y con sinceridad le dije lo mucho que la amaba, y que era hora ya de formalizar. Laura, llena de emoción, sonrió. Me preguntó entre risas: “¿Cuándo piensas mudarte a mi casa?”. Yo, sorprendido, le respondí que mi casa era una mejor opción para empezar una nueva vida. Noté una mirada de incertidumbre e inseguridad en su rostro. Y, de repente, me confesó que estar en mi casa le daba pavor. Yo sonreí, la miré a los ojos y le dije que no temiera, que su inquietud era absurda y que yo la protegería siempre. Me tomó varias semanas convencerla, pero por fin lo conseguí: ella ahora está entre mis brazos, así, como si nunca se hubiera ido.

Las semanas pasan y mi amada no consigue conciliar el sueño. Laura dice que escucha pasos que provienen del desván y que una mujer la visita en sus sueños, intentando hablarle. Yo le digo que es su imaginación, aunque dentro de mí sé que se trata de mi exesposa, que intenta separarnos. Pero las cosas no terminan allí, hace pocos días Laura amaneció con varios moretones en la piel, como si alguien la hubiera golpeado durante la noche. Estoy seguro que no fui yo, de haberlo hecho me hubiera quitado la vida.

Las noches, desde entonces, son eternas, y el frío acompaña la casa, que hoy se siente tan solitaria que Lau-

ra no encuentra calor en mi cuerpo. Ya no me mira como antes. Parece asustada y todos los días llora sin consuelo.

En un momento, esta misma noche, ya no la sentí junto a mí. Me levanté asustado y, con el corazón acelerado, subí al cuarto del desván. La puerta que siempre se mantuvo cerrada ahora está abierta, abierta como la última vez que estuve ahí. En su interior está Laura, mi amada Laura, colgando de la cuerda con la que un día asesiné a mi exesposa. Solo les puedo asegurar que esta vez no fui yo.





Dormido

Ignacio Balcazar

¿Cómo es posible que mi felicidad recaiga en una idea? Ocurrió en una noche, un enero, nunca pensé en querer mostrárselo a nadie, pienso que me observan, como si estuviese en un bosque pequeño, miniatura, como si fuese una bacteria. Sé que casi siempre dudo de mi existencia, pero eso no significa que yo dude de la existencia de ellos.

Cuando despierto, siempre sueño que he dormido, pero resulta que paso inconsciente, yo no entiendo ese estado, o más bien, esa palabra, creo es antigua o nueva, la utilizan para poner raíces en mí que de cierta forma no logre decir, por ejemplo, que ¡estoy fatigado!, pienso que el agua y la comida no me sienta bien, el otro día sentí cómo mientras estaba “dormido” alguien silbaba, creo llamaba a otras personas a que le ayuden a despertarme, fue entonces que escuche la palabra DIOS, siempre la escucho, pero en esta ocasión era en plan preocupado: un señor con ropa blanca que se sorprendió y exclamo ¡Dios qué he hecho!, en mi memoria se adentró mucho aquella palabra, desper-

té gritando ¡niño!, solté una risa apagada y entendí que nadie dice Dios de una manera frívola.

De niño tuve mi primer acercamiento al tabaco y recuerdo escuchar a mi primo ¡Dios qué bueno esta esto! Lo soltó de una manera enérgica, le gustó tanto que Dios fue el primero en enterarse. Yo, contra toda predicción humorística, no compartí ese gusto, sin embargo, no quise comprometerme demasiado con su afición. Salí de aquel lugar, creo fue por eso que me odia tanto ¿o será por no haber prendido mi tabaco?, seguramente es por eso, yo no logro permanecer en un solo momento, en un solo lugar, me impaciento y hasta creo muero, por eso seguro me trajeron a este lugar, a recordar.

Experimentan conmigo casi todos los días. Yo me hago el desentendido, no presto mucha atención a lo que me ponen y siempre culpo a la comida o al agua; el agua, qué pura y bella es, antes de tomármela la levanto a la altura de mis ojos, es hermosa, me recuera mucho a Camila, su piel blanca como la arena de playa y su alma trasparente como la del agua, ser trasparente.

Cada que camino por los pasillos de este edificio, recuerdo como caminaba o más bien saltaba por las bancas de mi escuela, la Escuela. Un día no supe por qué era una niña recostada en la hierba con su barbilla entre las manos, me saludó, yo evidentemente me hice el desentendido, caminé un poco apartándome de ella hasta sentarme en mi pensamiento tratando de leer su gesto de amabilidad. Para

mí eso era nuevo, nadie era amable conmigo, algunos niños me pegaban utilizando argumentos a menudo fuertes, haciéndome creer ser un engendro, yo quería creer que de Dios, pero no.

De pronto, ella se sentó, acerco su mano y me dijo:

—Hola, ¿tú eres el engendro?

Hubo un silencio. Respondí:

—Sí, yo soy, ¡por qué!

Mi tono de voz tuvo una subida de decibeles, ella se rió y le pregunté:

—¿Por qué te ríes no es tan chistoso ese apodo? —
Apartando su mano de mí. Ella me contesto que no.

—Está bien discúlpame no quise incomodarte, solo quería saludarte, me llamo...

Hasta acabar la frase una profesora, Marta, señora áspera, nos interrumpió, ya era hora de entrar a las clases. Mi mente se dispersó por los gritos de Marta.

Cada que salgo a los pasillos me gusta capitular memorias de mi cabeza, cuento todos los días siete recuerdos, me sorprende recordar tanto; pero es tanto el tiempo que estoy encerrado, que contarme a mí mismo es un atroz gusto. A principios de este año trajeron un par de revistas, pero solo tiene colores y figuras, no me gustan, me gusta creer que escribo, simulo con mi dedo, el meñique, no pue-

do utilizar el índice, para no llamar la atención, las paredes son ásperas, yo las llamo Martas de frío; de cierta forma soy libre en este lugar. Dicen algunos, es un lugar para los locos, yo no quiero creer en eso, quiero creer en otras cosas, quiero pensar que soy un pintor; me dibujo a mí mismo, mis manos esferos y las mesas hojas blancas como cuadernos de líneas, trato de crear pequeñas historias para luego pensar que soy cineasta, mis ojos cámaras y la gente a mí alrededor actores. Mis engaños me permiten sobrellevar a los engaños que estoy sometido, nadie me pregunta cómo estoy, ya el tiempo no lo entiendo, así como no entiendo el día ni la noche. Casi siempre pasan prendidas las luces de este lugar, ya la idea de un Dios personal es bastante extraña para mí e incluso me parece infantil, fue como dijo Richard Dawkins.

El amor latente a mi mujer aún me tiene con ánimos. Espero el día que ella llegue y diga que esto es un error. Aún la amo, el amor creo es el mejor fármaco y el más potente para decir que mi vida tiene sentido, que no estoy loco.

Hay días que apagan las luces por completo, me gustan esos días, logro alcanzar un alto lugar de mi habitación. Ahí guardo un verdadero papel con un verdadero lápiz, escribo sin parar, ya no necesito la luz para ver lo que escribo, soy muy ágil, la lealtad de mi mano a mis ideas es de calidad, espero mucho este encuentro, es una suerte de relación epistolar entre mí. Es tonto, pero qué más me da, las sombras me interrogan y yo necesito responder, decir,

contar mi realidad, no quiero que me acusen en mis sueños. Claro está que hay veces que no sé ni quién soy yo, pasa mucho rato para que esto suceda. Son ya siete veces.

Cuando despierto se me hace difícil aquella breve limpieza de verdad de mis ojos. Es una locura estar aquí, balbuceo, aguardo un momento sentado... lentamente recuerdo la risa de esa niña con la que hablé por primera vez. El anhelo de mirarla veinte años atrás es una idea brusca, ya soy todo un hombre, pero pensar que yo le gustaba a esa edad, yo tan niño y feo, me da los ánimos que ella regrese por mí.





Tres deseos en Halloween

Solansh Batista

Un 31 de octubre en la ciudad de T., Dulce, una niña tierna y algo curiosa, llegó a casa después de una larga mañana en la escuela. En la cocina se encontró con Mery, su madre, quien la esperaba con la comida lista. Mientras madre e hija disfrutaban de la comida, Dulce le contó sobre los planes que había hecho para esa nublada tarde de Halloween:

—Mis amigas Jenny, Grace y Doris vendrán a buscarme a las tres de la tarde para ir a pedir dulces a todos los vecinos del barrio.

Mery, al escuchar los planes de su hija, asintió y con un tono sutil pero firme dijo:

—Supongo que estarán de regreso temprano.

A lo que rápidamente Dulce contestó que “sí”, con la boca llena de brócoli y un gesto muy convincente en su rostro. Mirando a la pequeña a los ojos, Mery le advirtió

que debería estar en casa antes de que los faroles de las calles se encendieran, de lo contrario estaría castigada.

Las tres niñas llegaron por ella y juntas emprendieron el recorrido. Dulce y sus amigas fueron de puerta en puerta gritando a todo pulmón “dulce o truco”. De esta manera obtuvieron una gran variedad de golosinas que, aunque ellas sabían que les perforarían los dientes, se las comerían todas de una sola sentada. Pasaban los minutos y las bolsas se ponían cada vez más pesadas y ellas más felices, pues su tesoro crecía mientras se divertían correteando por las calles del barrio.

Tocaron la puerta de la señora Johnson, una mujer amable y bondadosa, quien dio un brinco cuando escuchó el fuerte “dulce o truco” cantado por el adorable coro de chiquillas. Sacó una enorme caja llena de una gran variedad de golosinas y les dio a elegir cuales llevarse cada una de ellas. Agradecieron la gentileza de la dama y continuaron caminando.

Cansada, en un momento Jenny se detuvo y pensó que ya era hora de ir a casa. Así lo dijo a las demás. Doris estuvo de acuerdo con ella, pues también estaba fatigada por la larga caminata. Pero Dulce no quería irse y sugirió ir a un par de casas más, pues aún había espacio en su bolsa para más golosinas. Finalmente, todas estuvieron de acuerdo en visitar dos casas más. Conformes con esa decisión, siguieron su rumbo.

Después de las siguientes casas y con un gran botín, las niñas se dieron cuenta de que ya era bastante tarde, de modo que se propusieron volver a casa. Caminaron por la orilla del río para escuchar el golpe del agua con las piedras y cerca de llegar al puente vieron un letrero que decía “Desvió”. Con el sol a punto de esconderse y las luces de la calle encendiéndose, decidieron ir por allí. Llegaron al puente y cuando estaban a punto de cruzarlo, Dulce vio a lo lejos una gran casa muy antigua, de fachada deslucida y aspecto tenebroso.

La pequeña abrió los ojos con asombro y se le ocurrió que habría gran cantidad de golosinas en esa mansión avejentada, así que sugirió a sus amigas ir a pedir Halloween por última vez antes de volver. Jenny rápidamente respondió que ya era tarde, Doris estuvo de acuerdo con ella y negó con la cabeza rápidamente. A su vez, Grace argumentó de golpe que la casa le daba miedo y que sus amigas tenían razón.

Dulce siguió caminando sola en dirección a la casa. Una vez frente a ella no pudo evitar las ganas de entrar y dejar a sus amigas un instante en la acera. Les pidió que la esperaran mientras ella conseguía más golosinas. Tocó el timbre y escuchó campanas en el interior de la casa, pero nadie salía a atender. Las niñas, en la vereda, impacientes, insistieron en que ya era hora de irse, pero Dulce volvió a presionar el botoncito rojo.

Súbitamente, una pequeña y anciana mujer abrió la puerta, y al verla salir la niña gritó “dulce o truco”. La mujer se mostró muy confundida, sin saber de qué le estaba hablando, así que le preguntó a la niña qué quería decir con eso. Dulce le respondió, con cierta frustración, que en esa época se celebra Halloween y que las personas debían darles dulces a los niños

La anciana pidió disculpas a la niña puesto que ella, al vivir sola en esa casa desde hacía muchos años, no tenía niños y, por ende, tampoco golosinas. Pero luego recordó que cierta vez, mucho tiempo atrás, alguien la había visitado y le dejó algo en su mesita del té. Entró a la casa y salió con un chicle, redondo y morado como una uva, en su mano derecha. Se lo dio a Dulce y, casi en secreto, le dijo que ese era un chicle mágico. Al masticar ese chicle y hacer una bomba, podría pedir un deseo que se cumpliría justo cuando la bomba se reventara. Añadió que solo tenía tres deseos y que no debía desperdiciarlos. Dulce guardó el obsequio de la anciana en su bolsillo y regresó con las niñas a casa, cansada y muy feliz con su gran bolsa.

Al día siguiente, su madre la despertó golpeando la puerta de su habitación para decirle que era hora de ir a la escuela, pero a Dulce la idea no le agradaba, pues hacía frío y quería seguir en la cama. La niña se puso a pensar cómo podría hacer para no ir ese día a la escuela y quedarse en casa durmiendo. De pronto recordó el regalo de la anciana. Se levantó de golpe y fue a su armario a sacar el chicle del bolsillo de su chaqueta, se lo metió a la boca y

comenzó a masticarlo. Parecía no tener un sabor definido, pero mientras más lo masticaba, podía reconocer gustos diferentes: fresa, manzana, chocolate, sandía, malvavisco, coco, algodón de azúcar, pizza, pastel, helado de vainilla, y otros sabores que no sabía el nombre.

Dulce, sentada en la cama, comenzó a soplar y mientras lo hacía deseaba que todas las escuelas del mundo dejaran de existir para siempre. De pronto la bomba se reventó. Se sacó el chicle de la boca y lo pegó en un vaso antes que su madre abriera la puerta. Mary entró al cuarto y al ver a su hija todavía en pijama, con gesto muy serio, le dijo que se apurara porque tenía muchas labores pendientes.

Decepcionada y algo confundida, Dulce le preguntó a su madre a qué se refería con labores pendientes. Mary, muy molesta, le respondió que ella debía ir a trabajar como todos los adultos del mundo y que, por tanto, Dulce, como todos los niños tenía que quedarse en casa y limpiar, lavar la ropa, bañar al perro, arreglar la cocina y asear el hogar.

La niña palideció y con voz temblorosa le recordó a su madre que ella debía ir a la escuela, pero la madre le respondió que no tenía idea de lo que estaba hablando y que no sabía lo que era una escuela. Subiendo el tono de la voz, insistió en que comenzara con sus deberes diarios cuanto antes, pues esa tarde volvería temprano para que le acompañe al supermercado.

Cuando salió su madre, la niña se quedó muy confundida. Aquello parecía un sueño: ¡su deseo se había cum-

plido!, ¡ya no existían escuelas en el mundo!, por eso todos los niños debían quedarse en casa, mientras los adultos salían a trabajar y a divertirse. A Dulce esta situación no le gustó para nada, así que se decidió a resolver el problema inmediatamente. Tomó el chicle del fondo del vaso, se lo metió en la boca y comenzó a masticarlo; luego soplo deseando que todos los adultos del mundo desaparecieran para siempre. La bomba explotó y volvió a poner el chicle detrás de su oreja.

Dulce durmió todo el día y a las cuatro de la tarde salió a buscar a su madre porque tenía hambre, pero no estaba en su habitación ni en ningún lugar de la casa. La niña entró a la cocina en busca de algo para comer, pero la nevera estaba vacía. Dulce reflexionó: ¡su mama y todos los adultos del mundo habían desaparecido! Miró por la ventana y en la calle solo había niños, unos confundidos, otros desesperados y algunos felices. Dulce no sabía qué hacer: sin escuela, sin adultos, hambrienta y completamente sola. Se dio cuenta entonces que eso no era lo que quería. No podría estar sin su madre y no podría estar sin ir la escuela, así que decidió tomar el chicle nuevamente y usar su último deseo.

Cerró los ojos, soplo con todas sus fuerzas y pidió que todo volviera a ser como antes. La bomba explotó y al abrir los ojos la niña se encontró frente a la puerta de la casa vieja, con la bolsa de dulces en la mano y su pequeño dedo en el botón rojo del timbre. Volteó y vio a sus amigas atrás de ella, en la acera, diciéndole que era hora de irse.

Entonces, Dulce retiró el dedo del timbre y se acercó a ver por la ventana. Esperaba ver a alguien adentro, pero la casa estaba completamente vacía y los muebles cubiertos con mantas y llenos de polvo, como si nadie hubiera vivido ahí desde hacía muchos años.

Jenny, parada en la acera, le gritó que ya era muy tarde. Doris, de acuerdo con ella, también dijo que debían irse ya mismo a la casa. Dulce volteó a ver a sus amigas muy asustada y respondió, perpleja, que tenían razón. Se acercó a las tres niñas y juntas continuaron su camino.



Del sol a la lluvia



Del sol a la lluvia

Juan Carlos Aguilar

De a poco, las últimas gotas de lluvia dejan de caer del tejado. Por fin parece haber terminado el aguacero que tomó desprevenidos a todos en el pueblo, pues a pesar de que en la mañana se había presentado un sol radiante, después del mediodía las nubes se tornaron pálidas. Por este motivo en las calles todos murmuraban “ya llueve”, “ya mismo llueve”, sin saber la hora exacta. A pesar de todo, en la noche la comuna celebraría las fiestas en honor a San Cristóbal. Sin importar la lluvia todo estaba casi listo. Los sacerdotes, aunque un poco mojados, colocaban los últimos focos y luces que adornaban la improvisada tarima que se levantaba en la plaza central. Todo parecía ir bien para todos. Parecía...

Con motivo del festejo, durante la semana, entre jueves y sábado, Pablo, el hijo del zapatero Uribe, había preparado su mejor traje. Como se sabía, todos vestirían muy elegantes, tanto para la ceremonia religiosa como para la fiesta en la plaza, por ello decidió limpiar cuidadosamente un terno café que tenía guardado ya desde hacía tiempo. El terno tenía un olor un poco raro, tal vez por la

naftalina que acostumbraban a utilizar en su casa, por lo que esa mañana lo sacó para que se ventilara. Colocó la prenda cuidadosamente en el balcón de su casa para que no se manchara. Esto debía hacerlo en el sitio perfecto, pues la madera de las barandas del balcón estaba bastante maltratada y húmeda, y a veces teñía de un color verdoso la ropa que se ponía a secar en ese sitio.

Cuando tuvo todo preparado, Pablo se dirigió con su padre al taller. Al salir de su casa tuvo que esquivar a su viejo perro que estaba dormido en la puerta, lo acarició un momento mientras pensaba en que los años se llevan todo, la juventud y la energía, y que por eso hay que aprovechar el tiempo, hacer las cosas en su momento, para no terminar como el perro, que ya ni siquiera la casa cuidaba, solo dormía. En ese momento sintió un suave golpe en la espalda, al darse vuelta vio que era su padre que lo apresuraba a su labor diaria.

Llegados al taller vieron que tenían muchos zapatos y para no demorar tanto el trabajo realizó solo algunos arreglos esenciales. El taller era un sitio cerrado y con poca luz, no se veía más que el caminar de la gente que pasaba, y fue esto lo que le impidió percatarse de la tormenta que estaba a punto de desatarse. Solo se dio cuenta cuando uno de los clientes entró al local agitado, diciendo ¡don Uribe, déjeme escampar del aguacero, porque si no me mojo! En ese instante, Pablo dejó rápidamente sobre la mesa algunos retazos de cuero y clavos que estaba utilizando, y se dirigió presuroso hacia su casa.

Las calles, que en su mayoría eran de tierra, se empezaban a volver lodosas. La lluvia era muy fuerte, de modo que decidió correr aún más rápido con el fin de salvar el terno que había dejado en el balcón. Al llegar a su casa abrió rápidamente la puerta, subió las escaleras rechinantes y resbalosas por la madera vieja, que casi hicieron que cayera. Pero en el balcón no había nada, estaba vacío. Se acercó y miró hacia abajo, pero solo vio un charco de agua que se había formado en la calle. Buscó desesperado por todos los rincones del balcón. Pensando que el viento habría empujado el traje, salió de su casa, pero en la calle no había nada, solo unas pocas huellas de los transeúntes apurados.

¿Qué hacer? ¿A dónde ir a buscarlo?, pensaba intranquilo. El viento no habría podido llevar tan lejos la prenda, pero la preocupación de Pablo iba más allá de lo que parecía. No solo había perdido su único traje formal, sino que en uno de los bolsillos había guardado algo invaluable: el anillo con el que aquella noche le propondría matrimonio a Luisa, su novia de toda la vida, su eterno amor. Pablo había esperado una ocasión especial para la propuesta y por eso escogió ese día y ese traje, el mismo en que había guardado la sortija que le costó tres meses de arduo trabajo y que recién la semana anterior había terminado de pagar al joyero.

Sobre el matrimonio no le había comentado a nadie, por lo que descartó la idea de que alguien le hubiera robado intencionalmente, además, por su puerta solamente pasaban un anciano con su esposa, que vivían en el cuarto del fondo. No obstante, por la desesperación de haber

perdido el anillo, decidió ir hacia lo de sus vecinos para preguntarles si, de casualidad, habían visto la prenda que tanto necesitaba.

El cuarto de los ancianos estaba a unos cuantos metros, al fondo, debido a la edad de sus vecinos tenía que gritarles para que lo escucharan. ¡Doña María! ¡Don Miguel!, exclamó, pero no le respondieron. Luego de unos cuantos segundos, nuevamente lanzó al aire el grito. Esta vez le contestaron desde atrás de la puerta entreabierta. Preguntó por el traje, pero dijeron no saber nada y que lamentaban lo que había sucedido.

De regreso a su puerta estaba cabizbajo y mojado. Todo, todo había salido mal, lo que comenzó como una mañana alegre y calurosa se había transformado en una tarde triste y de lluvia. Cómo recuperar el dinero, cómo explicarle a Luisa lo que había sucedido, si durante toda la semana le había comentado que le tendría una gran sorpresa el día de San Cristóbal. ¿A dónde podría ir, si ya había buscado en todos los sitios donde podía haber ido a parar el traje?

Al entrar a su cuarto nuevamente trató de ser más meticuloso, pero notó que todo estaba en orden, no faltaba nada. Sin embargo, él consideró otra vez la posibilidad de que alguien le hubiera robado, algún enemigo tal vez. ¡Cómo es posible que hayan sabido lo que tenía en el traje! ¿O acaso su padre quería frustrar su apasionada relación?, ¿pero con qué sentido, con qué motivo lo haría? Para Pablo todo era confuso.

Mientras tanto, afuera se escuchaba fuertemente la música de la banda, que se preparaba para el festejo. La noche ya casi había llegado y la hora de ir a buscar a Luisa también estaba próxima. ¡Pero cómo, no tenía ni siquiera la ropa para asistir! En el armario solo quedaban algunos sacos y pantalones viejos, descoloridos. Nunca le había sucedido algo así, no podía explicarse cómo desapareció el traje que había dejado colgando en el balcón. Solo un remolino pudo habérselo tan llevado lejos. Pensaba, sin embargo, que ya debía estar sucio y que el anillo se habría caído entre las hierbas o el lodo.

Decidió entonces quitarse los zapatos sucios y cambiarse, por lo menos para presentarse ante Luisa con ropa limpia. De pronto observó debajo de la cama un botón que relucía, brillante, a contraluz de la lámpara de la habitación. Al agacharse solo se apreciaba lo que parecía ser la manga del traje. Pablo se arrojó al piso para tomarlo y al hacerlo, sus ojos se llenaron de alegría, porque se dio cuenta de que era lo que tanto había buscado.

¿Cómo llegó aquí, quien lo puso aquí?, se preguntaba. Trató de sacarlo pero extrañamente la tarea le resultó pesada. Haló con todas sus fuerzas, pero parecía estar atorado, tal vez en un clavo de los viejos travesaños de la cama. Decidió mirar para saber qué era lo que estorbaba y, para su asombro, vio que el viejo perro de la casa se había metido bajo la cama y descansaba a gusto sobre el traje. Se había acomodado perfectamente, nada le estorbaba. De pronto despertó y, de a poco, se arrastró lentamente para salir de

su refugio. Luego de un descanso placentero y como quien no le debe nada a nadie, se alejó por la habitación.

Pablo se apresuró a revisar si la sortija continuaba en el bolsillo. Ahí estaba. Todo permanecía en su lugar, inclusive se encontraban algunas viejas letras de cambio en el bolsillo del chaleco. ¿Cómo sucedió esto?, se preguntó. El animal había arrastrado el traje para utilizarlo como almohada, quizás atraído por el olor del traje. Evidentemente, se había sentido muy cómodo. El terno ni siquiera estaba mojado. El perro parecía haber estado cuidando lo valioso, protegiéndolo del frío y de la lluvia. Parecía ser una respuesta del cielo a algo que creyó perdido para siempre. O quizás el perro tomó en serio la ofensa del propio Pablo, la de decirle inservible, y quería demostrar lo contrario. Varias incógnitas perturbaban su mente, pero el momento se apreciaba de otra forma; ya ni siquiera importaba lo extraño del suceso, pues la alegría volvía a ser parte de aquel ruido que se escuchaba a lo lejos. No solo la lluvia había sido la gran sorpresa de aquel día, porque en la noche también esperaba una respuesta del destino.



La carpeta azul

Miriam Ordóñez

La familia Andrade vive rodeada de sus grandes riquezas, tienen una mansión no muy lejos de la ciudad y todo parece normal. Humberto es el dueño de todas las riquezas y la cabeza principal de la familia Andrade Rivas, conserva un carácter serio, lo cual le hace aparentar estar bien de salud. Aquella tarde, como de costumbre, al salir de su trabajo, se dirigía hacia su casa y mientras conducía recibió una llamada que le hizo cambiar de rumbo. Llegó a un edificio de aspecto no muy encantador. A la entrada le esperaba un hombre con una carpeta azul en la mano, vestía un terno de esos colores ya pasados de moda, quien le recibió con un abrazo fraterno. Ingresaron al edificio, no tardaron más de quince minutos en salir, se notaba que habían tenido una charla muy agradable, el rostro de Humberto lo constataba. Luego los dos se dirigieron a una cafetería que está a una cuadra de aquel edificio. Ingresaron y pidieron la bebida de siempre. Mientras Humberto deleita de su café recibe una llamada y la contesta. La llamada lo trastorna, es su esposa Sara quien le cuenta que su

hija Margot está en casa. Humberto se despide del hombre y se dirige de inmediato hacia su casa.

Al ingresar a su casa Humberto siente el ambiente denso, va hacia la sala y ve a su hija acompañada de un joven de aproximadamente unos 18 años. Aquel joven resulta ser su nieto Santiago, quien solía vivir con Vinicio, el exesposo de su hija. Humberto se queda estático frente al joven

—¡Papá es tu nieto! —dice Margot.

Humberto de inmediato lo abraza y no se contiene las lágrimas. Recuerda haberle visto por última vez en la cena de Noche Buena de hace 13 años atrás. El mayordomo llega con las tazas de té para todos. Se sientan a conversar de tantos temas. Sara y Margot parecen haber profundizado en un tema que solo las dos lo entienden. Así que Humberto decide conversar con su nieto Santiago sobre sus gustos y pasatiempos. Al llegar la noche las cocineras sirven la cena, terminan de comer y Sara designa las habitaciones para los huéspedes.

Al amanecer y como es costumbre, Humberto sale al trabajo mientras Sara se queda en casa a pasar con su hija. Sara nota que Margot está ocultando algo, así que decide preguntar:

—¿Hija te pasa algo? ¿Por qué vinieron? ¿Todo está bien?

Margot cae en llanto y responde:

—¡No mamá, desde que Santiago cumplió los 18 años, Vinicio ya no le da el mensual, estoy en crisis, me va mal en el trabajo, ¡no sé qué hacer! Por eso he venido aquí, para que papá me ayude a conseguir trabajo en una de sus empresas.

Mientras Santiago ha salido a conocer la ciudad, Humberto regresa a casa del trabajo y conversa con Margot sobre el tema, entonces decide darle un puesto de trabajo como asistente en una de sus empresas llamada A. R. Company.

Hasta ahora ya ha pasado más de un mes y las cosas en la familia Andrade parecen transcurrir con normalidad. Humberto va al trabajo igual que Margot y Sara lleva a Santiago a sus estudios y luego se encarga de las compras de la casa.

Una tarde, Humberto parece estar preocupado y sin ganas de regresar a casa, así que decide detenerse en una de las cafeterías de la ciudad. Camina hacia una de las mesas que tiene vista a la calle, en su mano lleva una carpeta azul, se sienta y ordena una de sus bebidas favoritas. Abre aquella carpeta azul y comienza a ojear su contenido, avanza unas pocas páginas y se detiene en una de ellas, comienza a leer con detenimiento y, al final, saca del bolsillo derecho de su camisa un esfero y decide firmar la hoja. De repente le llaman al celular, contesta y su rostro demuestra no estar tan a gusto con aquella llamada. Entonces Humberto decide irse de inmediato llevando siempre la carpeta azul en su mano.

Al llegar a casa, lo encuentra en la puerta Sara con una hoja en la mano y con lágrimas en los ojos:

—¡Amor mío! ¡No puedo creer que me hagas esto!
—Exclama con llanto.

Humberto está atónito, no sabe de qué habla su esposa:

—¡No te hagas el que no sabes de qué hablo! Tú, hace unas semanas, te hiciste unos exámenes y hoy llegaron los resultados, ¡mira! —dice Sara.

Humberto coge la hoja, lee los resultados y le responde:

—No te quería preocupar mujer, pensé que no era nada grave, perdóname.

Entonces deciden no contar a nadie el secreto. Humberto tiene una enfermedad cardiovascular y en cualquier momento puede morir de un infarto. Los dos se sientan a conversar en la sala, mientras su nieto Santiago ya ha regresado de clases, está animoso, se sienta con sus abuelos a contar sobre su nuevo proyecto de investigación. En medio de la conversación a Sara se la ve un poco inquieta, hasta que al final decide preguntar a Humberto:

—¿Qué es lo que tienes en la carpeta azul?

—Son papeles del trabajo que no tienen mucha importancia —responde y Sara lo acepta un poco más tranquila.

Ha pasado una semana desde aquel día de los resultados de los exámenes y Margot va al trabajo como un día normal y Humberto se queda en casa. Mientras Margot archiva unos documentos, encuentra la copia de un acta de nacimiento, que no pertenece a ningún miembro de la familia, lleva el nombre de David Alejandro Andrade Guzmán. Margot empieza a buscar en más carpetas sobre aquel nombre y encuentra una de color azul que contiene muchos papeles. En una de las primeras hojas está un escrito que confirma que el nombre pertenece a un joven hijo de Humberto. Margot cierra la carpeta azul y de inmediato va a casa para aclarar las cosas con su padre. Ya en casa se dirige a la sala de estudio de Humberto, quien conversa con su esposa. Tira la carpeta azul sobre el escritorio de Humberto:

—¿Qué es esto papá? ¡Explícalo ahora mismo!

Humberto se quedó frío mientras Sara estaba asustada, no sabía qué estaba pasando en ese momento. Margot explica a Sara:

—Sucedó que nuestro padre ejemplar, no resulta ser el que esperábamos, más bien es un ¡desgraciado!, ¡te ha mentido durante 22 años!

Sara responde:

—Hija, no sé de qué me hablas, sé más clara.

A lo que Margot le contesta:

—Mamá, lo que resulta es que papá tiene otro hijo con otra mujer y se llama David Alejandro Andrade Guzmán.

Sara asombrada le pregunta a Humberto:

—¿Es verdad?

Empezó una discusión fuerte, que terminó en lágrimas de parte a parte. Desde aquel día las cosas en la familia Andrade han cambiado, ya no son las mismas. Han pasado varios meses, pero Sara y Humberto no se hablan aún. Margot renunció al puesto que le había otorgado su papá. Una noche, Humberto decide ir a un bar y mientras está sentado en la barra tomando, le llega un sentimiento muy profundo de arrepentimiento, entonces sale decidido a solucionar las cosas con su esposa y su familia. Llega a casa y toda la familia está en la sala, él intenta conversar con ellos sobre el tema, pero todos están en su contra. Sigue insistiendo en el tema, hasta que pierde el control y empieza a gritar como loco. Margot le pide que se tranquilice, pero el hombre se desvanece y cae. Todos corren a rodear el cuerpo de Humberto, pero es Margot quien descubre que ya no respira. Todos lloran sin dar muestras de saber qué hacer.

Al día siguiente, Sara se dirige a aquel edificio que tenía un aspecto no muy encantador, para conversar con el abogado de Humberto y retirar algunos papeles de las empresas, puesto que el abogado resulta ser el hombre que

estaba con la carpeta azul en la mano y que vestía terno, de esos colores ya pasados de moda. En uno de sus papeles está escrito el nombre del propietario de las empresas. Sara exige al abogado que le entregue el testamento que ha dejado Humberto, pero él manifiesta que ya lo entregó meses atrás y que está en una carpeta azul. Ella sabe que esa carpeta está en casa, así que va de camino a ella.

En la casa todos buscan la carpeta azul y Margot la encuentra dentro de un baúl. Sara y Margot se ponen a revisar su contenido y encuentran el testimonio que en un párrafo aclara lo siguiente: “Cuando muera, todas las empresas quedarán a nombre de mi hijo David Alejandro Andrade Guzmán; del dinero que tengo en el banco, la cuarta parte heredará mi familia Andrade Rivas y el resto heredará mi hijo David y su familia Andrade Guzmán”.

Sara y su hija deciden que no es buena idea confirmar a todos sobre la muerte de su esposo, porque el testamento se llegaría a cumplir y ellas no lo quieren así, por lo que toman la decisión de esconder el cadáver en su mansión.

Todo esto es un secreto de la familia Andrade Rivas y Sara se ve obligada a despedir a todo el personal que trabaja con ella en la mansión. Ese día el ambiente en la familia Andrade era tan lúgubre que, de buena vista, se diría que ocultaban algún secreto oscuro.

El hombre que estaba con la carpeta azul en la mano y que vestía terno, de esos colores ya pasados de moda, manejaba su carro clásico con destino al edificio que tenía un

aspecto no muy encantador para trabajar, pero de repente le llaman a su celular. Contesta y parece ser una llamada muy desconcertante por la expresión de asombro y confusión en su cara. Estaciona el carro y por unos minutos se queda pensando. El hombre decide cambiar de rumbo e ir a casa de Humberto.

Llega a la enorme mansión, pero vaya qué sorpresa, no parece ser lo que él esperaba, puesto que no tenía idea de que era el velorio de Humberto. No había ni un adorno floral en la entrada a la casa.

—Venga, pase por favor —dice Sara.

Toda la familia y el hombre se sientan en la sala para charlar un rato. El hombre que estaba con la carpeta azul en la mano y que vestía terno de esos colores ya pasados de moda, dice:

—No entiendo ¿dónde está el cuerpo de Humberto?
—A lo que Margot responde:

—¿Podemos confiar en usted?

—Sí claro —contesta el hombre.

Sara le cuenta todo lo que pasó e incluso lo que estaba redactado en la escritura.

—¡Necesitamos que nos ayude! —dice Santiago, quien se veía muy afectado por lo que estaba pasando, él jamás en su vida se había imaginado esconder el cuerpo

de su abuelo en un refrigerador, estaba muy frío, el muerto parecía ser él y no su abuelo Humberto.

Sara y Margot tratan de convencer al hombre para que guarde el secreto y que cambie el testamento a favor de la familia Andrade Rivas, con la condición de que él también va a obtener una parte de la herencia. El hombre con la carpeta azul en la mano y que vestía terno, de esos colores ya pasados de moda, acepta el trato que le proponen Sara y Margot. Al día siguiente enseguida empiezan con el papeleo.

Ya han pasado cinco días desde aquel trato y las cosas en la familia Andrade Rivas siguen cambiando cada vez más. Viven día a día lidiando con el cuerpo de Humberto, cambiando de un refrigerador a otro y realizando las limpiezas diarias al lugar. De repente Sara, recibe una llamada de una persona desconocida, quien resulta ser David, el hijo de Humberto, preguntando por su papá, porque no contestaba las llamadas y no estaba en ninguna de las empresas. Sara le responde que Humberto está enfermo y que por esa razón no va al trabajo.

Al día siguiente Sara estaba en casa limpiando, cuando escuchó sonar el timbre. Vaya qué sorpresa, es un caballero todo elegante con su terno, de un color muy usual y se presenta como David.

—¿Para qué ha venido usted? —Pregunta Sara.

—¿Papá está aquí? —Responde David— ¿puedo verlo?

—Sí, espere un momento —contesta Sara.

De inmediato Sara y Santiago colocan el cuerpo de Humberto en la recámara de él y simulan que está enfermo. David lo ve y se retira. Va a conversar con el abogado acerca de la herencia y descubre que no va a heredar nada. El abogado ya había indagado y descubierto que David, hace cinco años, tenía amenazado a Humberto de que si no le dejaba con la mayor parte de la herencia, él se encargaría de acabar con la familia Andrade Rivas.

Al día siguiente el abogado se reúne con Sara en el edificio que tenía un aspecto no muy encantador, para darle a conocer todo lo sucedido. Entonces ella toma la decisión de desenmascarar a David. Empiezan con el juicio contra David y este termina en la cárcel.

Por fin la familia Andrade Rivas puede hacer un velorio para Humberto con todos los detalles. Realizan la ceremonia final y lo entierran. El personal que trabajaba con la familia Andrade regresa a tomar sus cargos.

Hasta hoy ya ha pasado un mes desde el funeral de Humberto y las cosas en la familia Andrade van de lo mejor. Sara es la propietaria de todas las empresas de Humberto, Margot es la nueva gerente de las empresas de su padre, Santiago se graduó y, al igual que su mamá, empieza a trabajar en una de las empresas de su abuelo. Cada mes van a visitar la tumba de Humberto porque saben que él, a la hora de la verdad, los amaba más que a la familia Andrade Guzmán. Sara decide donar una parte de sus riquezas a

la Casa Hogar Ositos. Desde aquel día, la familia Andrade Rivas parece ser una de las familias más felices de la ciudad.

Años más tarde David, después de cumplir su condena, pone en marcha su plan, aquel que ha venido ideando desde el día que pisó la mansión por primera vez.



Momento de lucidez

Abigail Peralta

Juro que no lo maté. Él me había sujetado contra la cama, se burlaba de mí y me gritaba en los oídos: era insoportable. Su cara me daba miedo y no hallaba la forma de escaparme de su mirada, esa que provocaba unas náuseas que se convertían, casi inexplicablemente, en vómitos. Estaba cansada, cansada de ver sus manos contra las mías, entonces busqué la forma de desatarme, pero caí en pánico y él no me quería soltar. Ya no aguantaba la comida insípida, el sol de mediodía, las sábanas húmedas y el olor putrefacto de mi habitación; yo solo quería huir, ser libre y volver a tener la vida, esa vida que ya no recordaba.

Cada noche despertaba exaltada y sudorosa, temblando y agitada, con una aterradora sensación de vacío, una sensación similar a la de cuando sueñas que caes al abismo y nada te detiene más que el despertar... Y ahí estaba él, con los ojos cerrados, en un taburete al pie de mi cama. Y yo esa noche no quise gritar. Pero lloré. Y traté de desatarme.

Conseguí unas tijeras —dejadas a mi alcance tal vez accidentalmente—. Intenté cogerlas, pero mis manos no me lo permitían. Me moví ligeramente, centímetro tras centímetro hasta llegar a la mesita de al lado, donde estaban las brillantes tijeras. Dejé de susurrar. Esa noche mi cerebro parecía más lúcido. Con infinita lentitud tomé las tijeras con las yemas de los dedos y las arrojé hacia mi cama, entonces suspiré aliviada: tenía la libertad apenas a un corte. Volví a pensar en cómo cortar las ligaduras de mis manos y después de un tiempo que no se puede medir, lo logré: conseguí liberar mis brazos, magullados y entumecidos. Vagamente pensé en el principio de mi libertad.

De repente él despertó. Se quedó petrificado, sorprendido de ver mis movimientos pausados y torpes. Yo escuchaba voces en mi cabeza: “No sueltes las tijeras, no sueltes las tijeras”, repetían. Como dije, mi cabeza estaba más lúcida esa noche. Él se arrodilló y empezó a llorar, levantó la cabeza y vi cómo se acercaba lentamente hacia a mí. “No sueltes las tijeras”. Me desaté de todo lo que me amarraba, pero él estaba loco, me agarró con fuerza las manos. ¡Quería atarme, sé que quería volver a atarme!

Las voces de mi cabeza no se callaban, “sé libre” decían, y yo quería ser libre. Pero estaba débil, no podía contra él. Juro que no lo maté, simplemente buscaba mi libertad. De pronto, en medio de mi creciente fiebre, recordé las tijeras. Una vez más centré la energía en mis manos y clavé las puntas una y otra vez en su cuerpo; mientras tanto —“ahora que recuerdo él lloraba sin consuelo, aun-

que cada vez con más tenuidad”—, sin darme cuenta, él había dejado de respirar. Mis manos dibujaban líneas carmesí sobre la sábana blanca; ya las tijeras habían perdido importancia y yo estaba ahí, arrodillada, contemplando un cuerpo que hacía minutos yacía arrumbado sobre un taburete, al pie de mi cama.

Fui a refrescarme. Miré mi reflejo. Estaba pálida, con los labios reseco y una sonrisa siniestra se dibujó en el espejo —esa no era yo—. Empecé a llorar. Las voces de mi cabeza no dejaban de susurrar “todos muertos, todos muertos”. No quería creerlo. Volví a la habitación. Miré los tubos que me habían atado, me dolía el brazo, la habitación era fría, retiré de mi cuerpo los últimos cables que me retenían, sentí mis últimos latidos. Aún aletargada me recosté y seguí durmiendo, en silencio, en un profundo silencio...

INFORME N° 13

Resultado de las investigaciones relacionadas al caso 113, homicidio con arma blanca, en contra de David Marquina, resultando presunto autor de los hechos como Astrid Neira, también fallecida, hecho ocurrido el 18MAR20-03.30 hrs. aprox.

Se ha receptado el Oficio Nro. 1033, que dicta:

David Marquina, 28 años de edad, pareja sentimental de Astrid Neira, fue hallado sin signos vitales; causa del deceso: homicidio con arma blanca, provocando una hemorragia interna al perforar órganos vitales.

Y, Astrid Neira, 25 años de edad, diagnosticada con esquizofrenia y estado vegetativo por 66 días; causa del deceso: daño cerebral grave debido a una lesión en la cabeza, permanecía en estado vegetativo hasta las 03.00 aprox.



Después

Mateo Brito

Al abrir mis ojos, luego del octavo suspiro de cansancio, lo pude ver. El sol del mediodía bañaba tímidamente los restos de lo que una vez fue la materialización de la soberbia humana. Ahora, destruida por la guerra, no es más que un crudo recordatorio de la maldad del hombre y un símbolo de la paz para las nuevas generaciones.

A medida que me acerco puedo distinguir los detalles de esta triste obra de arte. Los árboles que una vez fueron de un verde vivo, ahora permanecen calcinados, grises, apagados. Una extensa capa de césped cubre el parqueadero, disimulando de cierta forma el olor a óxido y a otras sustancias.

Con cautela me adentré un poco más al complejo, hasta el punto en el que lo pude observar con toda claridad. Las cercas eléctricas dejaron de funcionar hace mucho, ahora no son más que una pila de herrumbrada.

Finalmente, el puente se podría definir como un coloso caído. Una lágrima brotó de mi ojo, mientras recordaba con mórbida precisión que, en medio de aquellos fierros doblados, están los cadáveres de cientos de personas.





En la cabeza de un tipo

José Luis Arias

Ahí está ella. ¿Y ahora qué le digo? Ese es el dilema de todos los días. Siempre he estado encerrado en mi cabeza. Toda mi vida he luchado contra esto. He intentado superarlo con muchos métodos y no he logrado nada. Desde la escuela, siempre he pasado por lo mismo. Ya tengo 20 años. Estoy en la universidad y hay mucha gente nueva por conocer. Hay una compañera que me interesa, se llama Cristina. He visto tantas bellezas en mi vida, pero lo cierto es que ella destaca entre todas. Tiene una seguridad increíble, lo que yo no tengo.

He hablado con mi padre, que pasó por lo mismo cuando conoció a mi mamá. Hasta tenía la misma edad que yo y me dio un consejo bastante inútil: sé tú mismo. ¿Pero cómo voy a ser yo mismo si yo mismo no puedo hablar con nadie? Es por eso que acudí a mi único amigo y me dijo exactamente lo mismo que dijo mi padre. ¿Y ahora qué hago? Nada. Tengo que enfrentarlo, porque si yo no lo hago nadie más lo va a hacer. Pero insisto, ¿qué le digo? ¡Carajo! No me viene nada a la mente.

Ahora tengo algo en común con ella. Me gusta la música y a ella también. Puedo preguntarle cuál es su banda favorita, qué tipo de música escucha. Ahí voy, pero tiene una mamá jodida, muy controladora y conservadora —eso es lo que me han dicho— y no sé cómo actuará ese tipo de gente. Pero Cristina no es así. Ya deja de estar poniendo excusas, no tienes nada que perder, al contrario, tienes mucho que ganar. Ahí voy, pero... pero nada, ya ve... este... ¡Hola, Cristina! Soy nuevo aquí y no conozco a mucha gente, pero sé que te gusta la música. Te vi con una camiseta de Metallica. A mí también me gusta esa banda y no sé si tal vez tengas el nuevo disco de ellos. Yo sí lo tengo, si quieres podemos escucharlo un día de estos. ¿Qué dices? ¿Entonces, cuándo puedes? ¿El sábado?, de una. Nos vemos en el centro a las cuatro. Ok. Adiós. ¡Qué bestia! Casi la cago.

¡Ya llegó el sábado! ¿Y ahora? Tengo que llevar el disco y no lo encuentro. ¡Papá! ¿El nuevo disco que dejé en tu cuarto dónde está que no lo veo? ¿Qué dices? ¿Dónde? ¡Olvídalo! Ya lo encontré. ¡Qué susto! Tengo que vestirme. ¿Y ahora qué me pongo? No sé cómo vestirme. ¿Elegante o casual? Si me visto elegante pensará que me arreglo mucho y si me visto casual creará que no me importa. ¿Qué hago? ¿Qué diablos me pongo? ¡Ya sé! Me voy a poner unos jeans con una camisa, así verá que soy relajado, pero qué me importa. Ya me voy. Ya me fui. ¿Pero a dónde la puedo llevar? Si la llevo a una heladería pensará que soy muy infantil, si la llevo a un bar pensará que la quiero emborrachar. Ya sé... La voy a llevar a un café. Conozco uno que seguramente le va a gustar. ¿Y si no le gusta qué hago? La puedo

invitar a una plaza, pero va a creer que soy aburrido. ¿Y si la llevo a dar una vuelta en el parque? Tal vez termine cansada. ¡Qué difíciles son las mujeres! Me parecen demasiado complicadas. Ya sé, si no le gusta el café lo mejor será que la invite a un concierto y así la puedo ver otra vez. ¿Y si no le gusta el concierto? ¡Ya no sé qué pensar!

¡Hola, Cristina! ¿Qué tal? Aquí tienes el disco, espero que te guste. ¿Te parece si vamos al café de la esquina? Vamos, no sabía que era tu preferido. La verdad nunca me lo esperé. No, no, no creas que me parece un lugar aburrido. ¿Nos sentamos en esta mesa? ¿Te gustan las flores? ¿Vas a tomar un tinto o con leche? Uno con leche. ¡Bien! Ya voy a ordenar. ¡Aquí lo tienes! Yo tomaré agua, porque el agua es buena para la salud. ¡Qué bestia! ¡La estoy cagando! Que no me vea sudando, que no me vea nervioso. ¿Y ahora que le digo? Este... este, este... ¡Qué día tan bonito y soleado, Cris! ¿No te parece? ¿No te gusta el sol? Ah, no, no, a mí tampoco, a mí nunca me ha gustado el sol. Bueno, bueno, bueno... este, ¿desde cuándo te gusta Metallica? O sea, que tu familia es roquera. Igual que la mía. Sí, la mía también es roquera. Creo que nos parecemos un poco... Nos gusta el mismo lugar para un café, no nos gusta el sol y ahora resulta que nuestras familias también son roqueras. ¡Qué loco! La verdad nunca me lo esperé. En serio, te lo digo en serio.

¿Y ahora cómo le digo que hay un concierto? ¿Y si no le gusta esa banda? ¡Chucha! ¿Qué hago? No, no es que esté muy callado, es que... este, este, sí te escucho. Claro, esa banda es muy buena, tiene un muy buen guitarrista,

de hecho, él es uno de mis favoritos. Cristina, estaba pensando, hay un concierto de Bajo Sueños... ¿Te gusta esa banda? A mí me encanta. ¿A ti también? ¡Qué bien! Yo tengo dos entradas. Ah, quieres ir conmigo. ¡De una! Quiero decir que me parece bien. ¿Por qué te ríes? Llevas rato riéndote. No soy tan serio como tú crees. Claro, yo también me divierto. Algunas veces salgo con mi amigo. La verdad, Cristina, es que soy muy tímido y me cuesta mucho salir de mi casa, pero compartir contigo un tiempo fue una bonita experiencia. Quiero ser tu amigo. Me caes bien. La verdad es que jamás me lo esperé, no sabía que a ti también te gustaría hablar conmigo, no pensé que yo te parecería divertido... Ahora entiendo por qué te reías. Yo creo que no soy divertido, no es que quiera llevarte la contraria, es que tengo otra idea de mí. A veces pienso que soy un chico común y corriente y me resulta difícil hablar con una chica como vos. A ver... como vos, o sea, así, como tú eres, linda, agradable, muy segura. ¿Qué? ¿Nunca te ha gustado tu cabello? ¿Nunca te ha gustado tu estatura? No te preocupes, eso no lo sabrá nadie, no le diré a nadie... en serio. Quiero decir a mí sí me gusta tu cabello y tu estatura.

Yo, nada Cristina. Solo estoy pensando... solo pienso.

Ahí está ella, yo y mi pensamiento. Ahora sí, ahí voy...



El pecado de la lujuria

Julio M. Romero

Abrí la puerta de golpe, la estancia era oscura y lúgubre, las luces no servían y los destellos de la avenida afuera de la ventana era lo único que me ayudaba a ver. Había un sofá en el centro de la *suite*, el lugar era de mala muerte, casi todo estaba en mal estado, miré con cautela los rincones más oscuros del sitio y vi en la pequeña mesa de noche una botella de licor barato con mi nombre y un pequeño vaso, bebí un trago y sonréí.

En medio de la oscuridad encontré el baño, entré y la vi. La espuma rebosaba de la tina y el agua caliente empañaba el espejo, solo la luz de tres velas alrededor suyo me dejaban verla. Sus piernas me coqueteaban como siempre, sentí latir una herida en mi pecho, sus ojos estaban clavados en los míos y su sangre... sangre que habría brotado como un manantial de su cuello, de una línea profunda que parecía haber sido dibujada con precisión casi mecánica. El cuchillo sobre su pecho mostraba el camino que el líquido marrón rojizo seguía hasta manchar los azulejos y casi todo el borde de la bañera. Ella era hermosa y aún con

esa escena ante mis ojos me ensimismé en la espuma que recorría todo su seductor cuerpo, como la mano de Dios que censuraba lo impropio.

Acaricié su tierno rostro, su delicado cuello y la besé por última vez. Corté el agua y con mi mano cubierta de sangre le cerré los ojos, volví a la estancia, bebí otra copa y al mirarme en el espejo sobre la chimenea aún pude ver una sonrisa nerviosa dibujada en mis labios.

No sabía qué hacer, quería largarme de ahí, no hubiera querido venir, pero en el fondo sabía que esto pasaría, ella era mi muñeca y ahora no queda más que la figura cruel y oscura que un día abracé. Me dirigí a la ventana, miré la ciudad, recogí la botella y una carta que encontré dedicada a mí, puse mi gabardina sobre el brazo y me despedí. Al marcharme, temeroso sentí cómo escapaba de mí el último despojo de humanidad no me quedaba más que esta maldita y agónica vida.

—¿Por qué tuvo que terminar así? —Solté en un suspiro mientras cerraba la puerta.

Me persigue el recuerdo de cuando te reías, de cuando jugueteabas con tu cabello mientras paseábamos juntos por el parque. Tú con tu postura altanera y yo pretencioso miraba con lujuria el cuerpo que caminaba de mi brazo, tu mordisqueabas tus labios con deseo cada vez que notabas la lascivia con la que te veía, hablábamos y reíamos mientras el taxi nos recogía y nos dirigíamos al aeropuerto, ese día volabas a New Hampshire, para volver en unos meses.

—Miguel, ¿estarás bien acaso sin mí para recordarte que respires y que necesitas comer?

—No exageres que esta no será nuestra última caricia o nuestro último beso, te llevas mi calma mas no mi vida, me quedan aún mis libros y la tortura cruel que me produce contar los segundos para volver a tener tu cuerpo desnudo en mis manos— dije con creciente voz en un arrebato que me hizo parecer un lobo hambriento a punto de abalanzarse sobre un cordero indefenso.

Un escalofrío recorrió visiblemente su espalda, volteó cubriéndose el rostro con el cabello, pero pude observar que temblorosa limpiaba su saliva con la parte exterior de su mano y como si nada volvió a mirarme. Notaba el ardiente deseo que emanaba de sus ojos y que nos encerraba en una burbuja, que por primera vez desde nuestro primer encuentro quedaría condenada al suplicio de la espera.

—Tus malditos libros y tus estudiantes quizás te sean suficiente para reemplazarme, bien embelesadas tienes con tu habla a las pubertas que se impresionan con la simple palabra de un hombre— dijo mientras sus manos jugueteaban nerviosas y poco a poco su mirada me comenzaba a esquivar.

—Bien sabes que las simples jovencitas, cuyas mentes están llenas de esperanza y júbilo, me resultan huecas e insuficientes para cumplir las necesidades que tu provocadora presencia satisface sin queja —lo dije recorriendo de pies a cabeza su cuerpo.

Ella se estremeció al notarlo y volteó para irse. Su cabeza lentamente se inclinó y entre dientes me dijo:

—Imploraría a Dios la muerte antes que verte profanar piel ajena a la mía.

Me quedé sin palabras y en silencio pude ver cómo te marchabas. No pude volver a ver tus ojos pues no lo permitiste, no volteaste, simplemente desapareciste entre el cielo marchito de Madrid.

Se fue, pero mi suplicio no tardaría mucho en aparecer, la ausencia de aquel cuerpo que durante años profanó a mi placer me calaba el alma como el más profundo invierno. Cegado por la desesperación, por toda la casa escuchaba su llanto desgarrador de dolor y éxtasis que se había vuelto mi vicio.

En la habitación trataba de dormir, pero las visiones de su cuerpo retorciéndose, sometido a torturas inenarrables no hacían más que aumentar mi libido y darme más ideas que se desarrollaban en mi pensar y que tan maravillosamente mis ojos proyectaban en el rostro jadeante, indecente y lascivo de mi anhelada Rebeca. Más temprano que tarde me llevarían a la locura si no hacía algo.

Ese infierno estuvo tan presente en mi psique, que recurrí a encerrarme en el sótano para no enloquecer. El tiempo pasaba y me sentí obligado a reintegrarme a esta asquerosa sociedad, donde los vicios solo pueden costearse con el trabajo extenuante, que en mi caso era el colegio

donde unos mocosos sin intelecto me roban la vida y el más valioso tiempo.

Recuerdo con abrumador desasosiego el día en que Lucifer me abrió las puertas, esas que bajo la falda de una colegiala me llevarían a la desesperación y a la patética imagen en la que ahora me encuentro.

Aquella mañana ingresé al salón y miré con hastío a los borregos frente a mí, al revisar la lista volví a encontrarme con esto: calificaciones más que mediocres, puntualidad insultante y mal comportamiento. Pese a ello solo lleva aquí un par de meses. En principio no comprendía cómo alguien con ese historial habría llegado a este colegio, pero al saber su apellido lo comprendí, Barahona. Mara Catalina Barahona. Primogénita de una familia acomodada, es la hija de Cástulo, uno de mis compañeros de la facultad. Él era el más devoto a la fanfarria ridícula del grupo católico de la universidad, creímos que se haría cura o algo así. ¿Quién diría que el cerebritito del salón tuviera una hija tan simple y mediocre? Bueno, qué le vamos a hacer.

Dejé los papeles que traía en el escritorio y me dispuse a tomar lista. Pero al llegar al primer apellido con "B".

—¿Dónde está Barahona Mara? —Pregunté.

—Se aburrió ¿comprende? —Dijo uno de esos niños ricos con un asqueroso acento inglés en la última fila, me fastidiaba, pero no tanto como lo hacía ella— cuando sonó la campana para la segunda clase se levantó y se marchó.

—Estúpida —dije entre dientes.

Mara piensa que el mundo gira alrededor de su insignificante busto, sus calificaciones no han superado el tres, mientras sus padres, idiotas religiosos, creen que su desempeño académico será bueno gracias a la iluminación de Dios, ignoran que la única palabra que profesa es la del vulgar encuentro de los vicios carnales, sin respeto alguno hacia el sublime arte de la seducción. Los rumores se esparcen como pólvora y la reputación de Mara era demasiado cuestionable.

Ya en mi hogar y sin las absurdas cadenas del trabajo, me dispuse a ahogarme en los recuerdos de mi preciosa muñeca, cuando la puerta de mi casa pronunció la llamada que anunciaría mi desgraciado descenso al segundo círculo del Infierno:

tock, tock, tock

Se repetía más fuerte aún.

—¿Quién es? —Dije abriendo la puerta y mirando a la impertinente figura que se encontraba en mi pórtico.

—Necesito aprobar su clase maestro, ¿podría ayudarme? —Dijo Mara levantándose sobre la punta de sus pies y con una sonrisa descarada.

—Ya es tarde Mara, acepta tu responsabilidad y yo volveré a mis asuntos.

—Le suplico me ayude, sé que puede salvarme con clases particulares, profesor —lo dijo mientras su pie impedía que cerrara la puerta.

No sé por qué acepté ayudarte, entraste con toda petulancia a mi estudio y te sentaste, era ridículo, pero sabías de antemano cada cosa que te indicaba sin haber estado en mi clase, me estabas tomando el pelo y no podía soportarlo, quería abofetearte.

Pasadas un par de horas me pediste el baño y al volver cruzaste las piernas sobre el sillón, tu falda del colegio me pareció más corta que antes, podía ver claramente tu ligero negro presionando tus muslos, pero la vulgar forma de tu coqueteo me parecía repugnante. Un espectáculo digno de un animal en celo. Mientras veía tu cadera mecerse tan desagradablemente, que hubiera querido golpearte hasta hacerte chillar de dolor, al cabo de un tiempo te marchaste, guiñándome un ojo a lo que un gesto de asco se dibujó en mi cara, te reíste y cerré la puerta.

Cada tarde, sin demora, a las dos en punto, hora de Greenwich, tu figura aparecía e irrumpía en mi Sancta Sanctorum. Ponías tu trasero en mi silla y empezaba el estúpido ritual de ver quién era más idiota. Si la idiota adolescente que creía estar jugando conmigo o yo por ser tan benevolente y dejarla estar frente a mí.

Un día en que el calor era insoportable, apareciste más tarde de lo usual, creí que te habrías hartado. Pero apareciste con una chaqueta de hombre que te cubría hasta las

rodillas, el calor había hecho que las axilas de mi camiseta se marcaran de sudor y pude observar que en tu frente se pegaban algunos cabellos por el sudor que te recorría.

—¿Acaso eres más estúpida de lo que pareces? Te estás muriendo de calor con eso puesto, dile al cura frustrado de tu padre si no sabe la diferencia entre frío y calor —ella no dijo nada y yo le di la espalda, el calor era inaguantable. De pronto sentí en mi espalda, húmeda por el sudor, lo que parecía ser un cuerpo de mujer.

—Sí, soy una estúpida, pero estoy harta de verte tan prepotente como si no fantasearas conmigo, ¿qué pensaría la gente si salgo gritando a la calle así?

Esas palabras retumbaron en mi cabeza, vi en el reflejo de la vitrina junto a mí, que estabas completamente desnuda. Tus manos se movían entre mi pecho y mi abdomen.

—Maldita imbécil —murmuré, tomé su muñeca y la levanté, me di vuelta y mirando esos ojos llenos de miedo y dije:

—¡Mesalina! No vuelvas a amenazarme o sabrás de lo que soy capaz de hacer —mientras decía esto inclinó la cabeza y su cuerpo empezó a temblar, pensé que quizá fui demasiado lejos con esa tonta.

La solté y como si tirara una muñeca de trapo, Mara cayó al piso temblorosa, yo di un paso atrás, pude observar

un pequeño tatuaje de ramera con unas siglas, pero antes de que pudiera articular palabra, ella me miró.

—Sí, quiero saber qué eres capaz de hacer —dijo jadeante y en sus ojos, ojos que ya había visto antes en otra mujer, nació en mí el sentimiento de hacer de esta ignorante criatura, tonta por naturaleza, una esclava de los placeres, y cambiar su vida disoluta por una devota sumisión hacia el arte de la perversión.

—Habría de enseñarle modales a esta callejera —dije musitando sin decoro.

El calor de esa tarde de mayo se sentía como las llamas mismas del Infierno, pero ni Sodoma se compararía al festival de los vicios y placeres que la carne tierna puede ofrecer al león hambriento, y como la ramera de Babilonia que consume de vicio y perdición a lo casto y limpio, con una copa de vino aquél frenesí comenzaba.

El pecado, la felonía hacia lo moral y lo correcto, ni mil adúlteros describirían tan vívidamente el arrebató carnal de las múltiples formas de la unión de pieles. Siento lástima de los infortunados petulantes que con repulsión miran la bendita raíz del hombre: la crueldad.

Algunos meses transcurrieron y hundirse en el pozo de degradación habría de ser el gozo de cada día, pues miraba a la masa palpitante de carne y órganos que se llamaría persona. Se reverencia hoy como una mascota necesitada y

temblorosa que disfruta de las irreverentes y retorcidas acciones que mi mente es capaz de crear para mi propio deleite.

Un día, al terminar nuestra sesión, su cuerpo húmedo y chorreante se abrió paso a rastras hacia la tina de baño, desnuda y agradeciendo mi trato se perdió al salir del estudio. Extenuado, vi una carta sobre mi escritorio.

Esta angustia de tenerte lejos terminara pronto, dentro de unos días estaré en casa y recuperaremos el tiempo perdido. Tuya siempre, Rebeca.

Rebeca volvía al país y en lugar de enloquecer, hace tiempo ya tomé la decisión de contarle todo. Quedamos en vernos en el café de siempre, caminé con flores mientras me ajustaba la corbata, lucía tan hermosa como siempre.

—Te he extrañado como no tienes idea, mi bien —dije acercándole el ramo de crisantemos y sentándome frente a ella.

Tras el conflicto esperado, comprendió lo fascinante que puede ser la idea del irresistible acto de la poligamia. Tiempo después, recogíamos a nuestra mascota día tras día al salir de clases, y al llegar a casa dábamos rienda suelta a las más primitivas satisfacciones, donde cuchillas y agujas, ganchos y clavos, se quedaban cada vez más cortos para satisfacer nuestra hambre de dolor y deseo. Pero una mañana mientras desayunábamos, Rebeca hizo una pregunta algo extraña:

—¿Cuánto me amas? —Dijo con una mirada esquiva.

—Mucho —respondí, sin alejar la vista de mi comida.

—¿Más que a Mara? —Tomé mi tiempo para responder.

—Mucho más —dije sin mirarla

¡Qué mentira! Realmente no amaba a ninguna más que a la otra. Pero al igual que Dios en el Edén, pronto Dionicio nos echaría del palacio de su virtud.

Una carta había terminado en nuestro buzón, Rebeca, al ser la primera que despertaba, la había encontrado. Corrió a abalanzarse sobre mi cuerpo dormido, al despertar me enteré de todo: nos estaban amenazando. Alguien de alguna manera había descubierto los juegos que teníamos los tres y por ser Mara una desgraciada menor de edad, ahora este maldito gusano pedía una suma ridícula de dinero a cambio de no filtrar contenido que bien nos podría costar la prisión. Todo lo exigido teníamos que entregarlo en un lapso de una semana. Rebeca lloraba y me culpaba de toda esta mierda.

El día cero llegaba y sin saber qué hacer, nos resignamos a discutir todo el día. Sin salida, Rebeca se calmó y dijo que empeñaría sus joyas, que me salvaría, yo vendería mi viejo Chevy y un reloj que mi padre me heredó. No contábamos con que la llama de mi cólera despertaría con el alba del penúltimo día.

El celular de Rebeca sonó y al contestar ella empalideció, el gusano que nos chantajeaba estaba del otro lado de la línea, pedía más dinero, y mientras él se jactaba de su posición y Rebeca temblaba yo, en un arranque de ira, le quité el teléfono y dijo:

—Espero y tengan el dinero para dentro de dos días, no esperaré un segundo más —mi pulso casi desaparece, apretaba con tanta fuerza el celular que el cristal que lo protegía se partió.

—¡Dios mío, Miguel! Cálmate, por favor —decía ella e intentó tocarme, pero salté de la cama y privado de la cólera corrí a revisar los documentos del trabajo.

Había dicho que los rumores se esparcen como pólvora y la reputación de Mara era demasiado cuestionable. Uno de los rumores más extendidos era que Mara se acostaba con un adolescente de mi clase.

—¡Ese asqueroso acento inglés! —grité mientras corría y a mi vera me seguía descalza e intrigada la mujer a la que nunca debí de alejar de mi mente.

—¡Pero Miguel, qué te ocurre! —me decía asustada mientras veía como revolvía el estudio como un loco.

Revisé los archivos de todos mis cursos y encontré lo que estaba buscando.

—Anthony Chesters... Anthony Chesters... AC... —murmuré con cólera ante el rostro asustado de Rebeca, lo

había comprendido todo— ¡esa maldita escoria! —Grité lo más alto que pude.

Salí corriendo, tomé un taxi y me dirigí a buscar a los desgraciados que quisieron verme la cara. Pero no podía imaginar lo que sucedería. No podía preverlo, ¿cómo podría haberlo hecho? ¿Cómo podría haber adivinado que relacionarías las iniciales de Antonio Chesters, ese pobre desgraciado, con el tatuaje de Mara?

—¿Por qué tuvo que terminar así? —Solté en un suspiro mientras cerraba la puerta—. Lo siento —me repetía una y mil veces mientras bajaba las escaleras al segundo piso.

No podría saber que mientras buscaba a esos tontos, tú llamaste a Anthony y lo citaste para entregarle el dinero. No puedo imaginar que lo esperaras escondida y cuando hubo aparecido lo emboscaste y le disparaste en la cabeza.

—Fue mi culpa —me digo.

No imaginé nunca que llamarías a Mara y la hubieras citado en una *suite* cerca de ahí. No quiero imaginarte esperando a Mara, para apuntándole con el arma hacer que entre en la bañera.

—Discúlpame —me repetía mientras llegaba a la recepción.

No quiero pensar que llenaste la tina, hiciste que levantara el rostro y la apuñalaste en la garganta. No veo a mi tierna mujer esperando con paciencia a que una pobre tonta se ahogue con su propia sangre.

—Lo lamento tanto —sollozaba en el autobús.

Me aterra un poco pensar que decoraste con velas y plantaste el arma en la habitación. Me asusta que hayas cubierto las cortinas, el sofá, la cama y la cocina con aceite.

—Juro que te amaré —repetía con lágrimas mientras veía cómo la habitación con la ventana hacia la avenida entraba en llamas.

Me preocupé cuando me llamaste y me citaste aquí, cuando que me pediste encender la chimenea al llegar. Me asustó un poco la carta que encontré, en donde me decías que confesarías todo si decidía quedarme con Mara o que nuestras vidas volverían a ser como antes si volvía a casa.

—Perdóname —murmuraba mientras una mujer negra se sentaba a mi lado en tanto yo miraba nuestra última foto juntos.

Llegué a casa tambaleante y con la botella vacía. Mi mano temblorosa por el miedo y el alcohol introdujo la llave. Cerré los ojos.

—¿Qué tal mi amor? —Dice una tierna voz frente a mí.

—Oh vaya, has estado bebiendo, eso no está bien, mañana tienes que ir a trabajar —no di un paso, no quería abrir los ojos.

—Tranquilo mi amor, todo lo que has visto solo es una pesadilla por el licor —decía melodiosa mientras me abrazaba y un escalofrío se apoderó de mí cuando me tocó. Creí que mi corazón se detuvo del miedo—. Ven mi cielo, debes tener hambre, siéntate, pero abre esos lindos ojos que siempre me han enamorado.

En ese momento el terror me invadió y como si de un niño se tratase abrí los ojos lentamente para evitar todo daño.

Juro que la espeluznante sonrisa que se dibujaba en el rostro de Rebeca nunca se podrá borrar de mi memoria, aunque haya sido por menos de un segundo, vi el rostro más aterrador que jamás haya visto antes de morir y antes de que ese segundo acabe, mi esposa con una cálida sonrisa de mujer y de amor, me besó en la mejilla y me llevó de la mano al comedor.

La puerta se cerró tras nosotros y en la basura se encontraba una pequeña carta que en su interior decía:

Miguel, Rebeca, soy feliz, tendremos un hijo, los tres. Quisiera verlos lo antes posible. Mara.





Ángel ha muerto

Dedicado a Oswaldo Vergara Saula

Cosíé A. Saula

“Y están los delirios. El resguardo del alma cuando no queda otra guarida”.

La llamada

Vibra el teléfono a las diez de la noche y estoy segura de que la llamada no es equivocada. Alguna buena noticia que no puede esperar al día siguiente querrá darme. Una conciencia risueña se niega a escuchar a la intuición, cuando esta lanza un pensamiento doloroso. ¿Qué de malo pueden comunicarte a las diez de la noche? Pero el instinto no engaña; no cuando pertenece a una esencia honesta; no cuando la razón ha aprendido a escuchar al alma.

Mi mente va hacia Esteban, quien vive junto a ella: “Un accidente repentino o una lesión grave”. No. Entonces, supongo que es la voz que llora la que ha sufrido un incidente. No. Esteban habla ahora. Y se trata de Ángel.

El más hermoso. El más joven. Se fue hace una hora por un infarto.

¡Hace apenas un mes celebramos su cumpleaños! Cantamos, bebimos, reímos. ¿Por qué llevaba semanas pensando en él?

Muchas preguntas se me ocurren y se provocan unas a otras.

El credo

Dijeron, en mi niñez, que debía temer a hacer el mal. Por tanto, aprendí a hacer el bien por interés. Me amenazaron con un Infierno y con un castigo. Y no les cuestioné.

Dijeron, en mi infancia, que el Cielo se deleitaba en la castidad de las mujeres. Por tanto, aprendí a mentir acerca de los placeres y los goces carnales. Me enseñaron que peca quien ama con su cuerpo. Y no les cuestioné.

Dijeron, en la Escuela, que iría al Purgatorio si es que era mediocre. Por tanto, aprendí a juzgar mis imperfecciones y mis rebeldías. Me advirtieron que la ira de un todopoderoso caería contra los desobedientes. Y no les cuestioné.

Confieso que me ofrecieron también recompensas: herencias, cosechas, coronas y hasta favores.

El despertar

Han pasado los años. Las interrogantes se han atropellado entre sí. Manifiesto que ya no temo hacer el mal y cuando hago el bien, es con desinterés. No miento acerca del acto del amor y me entrego con mi cuerpo, incluso sin el delicado propósito de la no extinción. Soy amable con mis fallas y mis lacras, y a veces, con premeditación y alevosía, permito que la indisciplina o la pereza sean parte de mis días.

Les cuestioné.

Cuando desperté y noté que podría crear mis propias conclusiones, estudié acerca del dios de los cristianos, Dios de mi niña interior. También repasé libros respecto al dios de los idealistas, Dios de mi madre. Ojeé páginas sobre los dioses griegos, los dioses del islam; leí referencias del agnosticismo y ateísmo.

Los misterios crecieron. Sin importar cuánto me cultivara, las respuestas generaban preguntas y las preguntas, otras respuestas, en un círculo sin terminar.

La reconstrucción

No fue hasta que escuché: “Ángel ha muerto”, que decidí buscar mis propios dogmas y reconstruir mis convicciones. “Ángel ha muerto”. Tres palabras que cambiarían mi manera de ver el mundo, tal vez, para siempre.

Resolví creer en nuestro paso por la Tierra como una experiencia pedagógica. Solucioné mi duda acerca de la naturaleza del ser humano al tiempo que recapacité sobre la palabra “albedrío”. En cuanto al destino, concluí que es una paradoja: no está escrito, pero existe una direccionalidad. Y sí, todo tiene una razón de ser. No obstante, si el destino estuviese escrito, se anularía la libertad.

Recordé las ofrendas que la religión me prometió cuando fui pequeña. Me gustan las cosas materiales, en consecuencia, la que más resonó fue: “Te daré las llaves de mis reinos”. Acepté que cada persona tiene derecho a fantasear con su verdad. Y meforcé a entender que somos seres en constante transformación.

El todo

“Ángel, miijo, escúchame. Vuela hacia la luz, Ángel. Encuentra a tus abuelos, a tus amigos. Estás viajando a un mundo nuevo, tus alas van a la perpetuidad”. Ella amó a Ángel. Su espiritualidad pronunció tan bellas palabras. Y la beldad induce a las lágrimas, irremediamente, a las almas sensibles.

Somos una gota de agua de un océano. Una millonésima parte de un todo. No venimos de ese todo. No regresamos a ese todo. Porque estamos en ese todo. Y el todo es eterno. Siempre fue, siempre es, siempre será.

Ojalá, en algún momento nos fundiéramos con aquel todo. Entonces, ya no seríamos una parte de él, sino

nos convertiríamos en el todo mismo. ¡Cuántas promesas se cumplirían! Alcanzaríamos el dominio de los edenes, tendríamos acceso a las responsabilidades y a las glorias de los paraísos. Evolucionaríamos. Seríamos inmortales. Generaríamos gotas infinitamente.

Los delirios

Lo que pasa con el alma es que no se ve. Lo que pasa con el todo es que no se ve. ¿De dónde viene tal conspiración de invisibilidad?

Y están los delirios: el resguardo de la utopía cuando no queda otra guarida. La imaginación los siente, los vive. Dijeron que el Cielo ganó un Ángel. Eso es falso. Es la Tierra la que tuvo el privilegio de ver crecer a un Ángel, pero en las alturas extrañaron su presencia y el Ángel volvió a su lugar.

Y está el amor: una chispa. Quizá incorruptible e indivisible, imperecedera. Y el talento: una partícula de fuego; inmortal, sempiterna, que no conoce limitaciones ni amortiguaciones.

Y está Ángel. Y su legado que quedará para siempre marcado en el alma del universo: un genio musical. A pesar de los desaciertos o de los momentos que hicieron sufrir a los demás. Ahí está Ángel y su violín, y su bondad, y sus hoyuelos.

Está ahí: se complace en las Orquestas del Olimpo.

La despedida

No hay palabras. Solo tristeza. Una que otra sonrisa... los momentos compartidos. Lo demás es silencio. ¡Solo que el silencio no existe! La música se arma con el sol. Las hojas entre las estrellas. ¿Acaso no implica un adiós, escuchar el ruido del corazón que anhela?

No tienen voz sus cuerdas. Solo saben decir ausencia. ¡En mis sueños nace un río! Cisnes, espadas y el frío.

Los cuentos de la presente compilación son el resultado de la creatividad de los jóvenes estudiantes de la UPS-Cuenca. Once relatos cortos que inventan una gran diversidad de mundos posibles, cuyos autores usan tonos y registros muy particulares para representarlos. Si algo guardan en común estas narraciones, es que los autores intentan diluir la línea que separa la fantasía de la realidad, algo muy propio de la naturaleza narrativa que envuelve a ecuatorianos y latinoamericanos. Crímenes sin resolver, fantasmas que atormentan a los vivos desde el pasado, bucles temporales, casualidades oportunas/inoportunas, amores prohibidos, complots familiares, fantasías de personajes que no soportan la realidad y la crónica de un fallecimiento, son algunos de los temas que recorren los cuentos de este libro. Más allá de los criterios canónicos, estos textos son el debut de jóvenes creadores ecuatorianos convencidos de su esfuerzo literario, y serán para el lector, un respiro a sus preocupaciones cotidianas.



ISBN: 978-9976-10-477-4



9 789978 104774